

23 DE JUNIO DE 1879.

Madrid.

Cuando EL LIBERAL anunció la muerte del príncipe imperial, nadie lo quería creer.

En todo país de larga tradición monárquica, los príncipes no mueren. Los peligros de la guerra son para los simples soldados... Estos pasan las fatigas, las hambres y las pestes, éstos combaten, son hechos prisioneros, reciben heridas, son pasados a cuchillo... Al príncipe sólo le corresponde autorizar la campaña, presenciar las operaciones, repartir cruces sobre el campo cubierto de cadáveres, visitar y fortalecer a los heridos, ó traer, al fin, en sus manos la rama de ciprés ó los laureles.

Esto es así, cuando el príncipe reina y tiene ejércitos, y un pueblo que espera de él la victoria.

Sin duda entonces conviene retraer la vida del príncipe de todo peligro; porque un soldado muere y sólo sus camaradas le recuerdan, y sólo su madre y su novia le lloran; pero la nación sigue su marcha sin nuevas catástrofes que de su oculta muerte se originen: muriendo, salva quizás á la patria, pero no la perturba; y la muerte de un príncipe, poniendo el poder supremo en otras manos, crea reales ambiciones, forma partidos, trae nuevas guerras, trasciende á toda la nación é influye en todos los ciudadanos.

Pero las naciones destronan, y los príncipes descienden á ser hombres. Entonces, en vez de ser gloriosos espectadores, son simples soldados; entonces, mueren.

Era un albur, y lo ha perdido. Llevaba la corona imperial en el maletín de su caballo, y los guerreros *zulus* han llevado esta corona al rey de sus barbaras tribus para dije de su collar de gala... Azar de guerra.

El mundo ha vuelto su atención hácia la emperatriz.

Siempre que muere un hijo, nos ocupamos poco de él, y mucho de aquella que le dió el ser... Parece que quien ha muerto es la madre.

Doble ejemplo de esta perspicacia del corazón ofrece este caso. Porque aquí la madre ha muerto por las heridas de muchas espadas.

Llora como las madres, por el hijo muerto y muerto en tierra lejana, y por salvajes, y bajo la bandera inglesa; la bandera del destierro, de Waterloo, de Santa Elena.

Llora como esposa de aquel emperador deshonrado en Sedan, cuyo honor pide glorias para restaurarse.

Llora como reina de un gran partido, que ella ve disolverse y perderse en la república y en el legitimismo.

Llora, en fin, como el árbol rodeado de verdura que creía dominar eternamente al mundo por su fruto y por las semillas de este fruto, y se ve de pronto sin ramas, infecundo, en un desierto.

Para compadecer tan grandes dolores, no se necesita ser francés, ni ser bonapartista, ni ser monárquico... basta ser hombre.

El corazón es patria universal.

Dicen que ella vuelve á España... Cambió su patria por la realización de un magnífico sueño de ilusiones. Desvanecido el sueño... ¿dónde volver los ojos sino á la patria?

Entre los nublados ojos divisa, quizá, las perspectivas de la tierra española de otros tiempos, cuando no era mas que bella y joven; las alegres fiestas, las queridas amigas, los rendidos adoradores: que eran todo verdad en su sencillez, en su cariño, en su amor, que no merecían trocarse por las grandezas imperiales ni por la interesada adoración de los cortesanos...

Si algo puede consolarla en su dolor supremo, es este otro dolor de recogerse nuevamente en el seno de la patria: de recordar el tiempo pasado.

La patria vale mas que el cetro. El cetro es esplendor y poder que pasan; la patria es eterna juventud y eterno amor.

Habrán Vds. visto por ahí, sin duda, dibujos, grabados ó fotografías representando algún *zuli*. A decir verdad, no podemos formarnos idea de su belleza física. Para los europeos, todo hombre que no es blanco es mal formado. El color altera las líneas, y el mismo Apolo de Belvedere dado de betún, no pasa de ser un orangután.

Sin embargo, el cuerpo de los *zulus* tiene artísticas proporciones; sus miembros son ágiles; su fuerza poderosa; su color negro, tira á gris; su pelo negro y lanudo.

En otro tiempo, si algunos de ellos hubieran venido Madrid, se les hubieran hecho buenas proposiciones para ocupar con vistosa librea el pescante ó la traseira de un coche. Hoy se han hecho ya respetar del mundo civilizado.

Y quién sabe si el mejor día no nos encontraremos con alguna embajada... ¿Quién contaba con poder hablar en Madrid, de potencia á potencia, con un embajador chino?

Pues ¿y las damas *zulus*? ¿Qué sabio es el Señor, que cria expresamente las mujeres de cada tierra á propósito para los hombres del mismo país! No son blancas, porque entonces emigrarían por no ver á los *zulus*, sino que son de idéntico color: tan redondas y graciosas de miembros, que los misioneros ingleses, con ser tan benditos varones, las elogian como gloria de Dios.

Son lo mas bello del país...

Allí siempre es verano, y un solo mes invierno. En diciembre, enero y febrero es un gran friolero quien gasta calzoncillos. No se conoce ese mueble que solo sirve para dejarlo olvidado en el café ó en la peluquería: hablo del paraguas. No llueve casi nunca. Alguna tempestad de cuando en cuando por amenizar el célebre y el paisaje.

¿Y qué paisaje...! Digno de Gustavo Doré... Los árboles, sin altura: como una tromba de hojas de colores que sube hasta perderse á la

vista; los bosques forman como redes de follaje; porque las plantas trepadoras van de tronco en tronco y se cuelgan, desmayándose, como serpientes que desde las altas ramas buscan el suelo: y ejércitos de pájaros de vivísimos matices cruzan la humbría, y heridos por la luz, son los verdaderos *ramilletes con alas* vistos por Calderón.

Vistos en el país de la fantasía: que Calderón no estuvo nunca en las costas del Índico Océano.

No son sabios, es verdad; si bien se casan con todas las mujeres que pueden comprar y mantener, rasgo de salomónica sabiduría... Quentan por meses. Echan la cuenta de todos sus negocios, como vosotras os permitis echar la de la compra ó la lavandera, por los dedos de la mano.

Tienen alguna idea de la divinidad. Sus sacerdotes son magos. Viven en chozas como las de los hotentotes; en tribus, y las tribus bajo el régimen de un rey... Son gente de buena pasta mientras no se les toca en el honor ó en la propiedad.

En fin, vivirían tranquilos, y en esa felicidad propia de los pueblos salvajes que no tratan con ser alguno civilizado, si en el mundo y en sus fronteras no hubiera ingleses!

Era inevitable que la pólvora del armon que estalló en la Puerta del Sol estallase... ¿Qué hacer...? Enterrar al muerto y curar á los heridos.

La lista de contusos y atropellados es grande. Es mayor aún la de los victimas anónimos... esos desgraciados que en tales conflictos reciben una herida ó un golpe sin exhalar una queja y se retiran á su casa con el pico roto y las alas dobladas como pájaro atontado.

Y es mayor que esta lista la de los que sin señales visibles de daño, llevan dentro el carcer mortal del susto. Unos días mas tarde se sienten mal sin saber de qué, y no vuelven á estar bien en la vida. Es la impresión que les produjo el relinapago de la muerte.

Algunos medios se han propuesto... el mejor, sin duda, el que conciliaria la magnificencia de los espectáculos bélicos y la seguridad del pacífico vecindario, sería que la artillería no llevase municiones á las paradas.

Acaso se prometa esto; y lo sentiré.

Porque si se promete no se hará.

No nos hagamos ilusiones; en un país como España; de tan buen humor; tan inquieto y dividido; donde cada tres ó cuatro años hay que hacer una revolución para que no se mueran de hambre la mitad de los españoles, ni reviente de gorda la otra mitad, no es juicioso dejar ir la artillería por esas calles sin cartuchos... ¿Sería engolosinar al conspirador mas tímido!

Por eso, lo repito, si se promete, no se hará.

Lo mejor, para evitar desgracias entre la gente pacífica, es que las revistas se verifiquen lejos de la población.

Y el que quiera... que vaya.

Un lunático.

Noticias bibliográficas.

Conflictos entre los poderes del Estado, por Miguel Moya, con un prólogo de D. Camerindo de Azcarate.

El espectáculo de lo presente, por lo que á España toca, sobre todo, no es el mas á propósito para infundir en la juventud la confianza que á nosotros nos inspira el régimen representativo. Por esto hemos leído con mayor satisfacción el notable libro del Sr. Moya, joven escritor que llega ahora al campo de la política alardeando tanta ó mayor fe en aquel sistema de gobierno, como pueden conservar sus mas antiguos y decididos parciales.

Y el Sr. Moya comprende bien este sistema, que es la consagración del principio del *self-government* y el único procedimiento en cuya virtud la opinión rige un país y el pueblo decide de sus destinos. En el examen de los conflictos que pueden suscitarse dentro del mismo entre los poderes del Estado, el Sr. Moya expone sus bases fundamentales, las discute y viene, en la cuestion del veto, de las dos Cámaras, de la responsabilidad del jefe del Estado, de la del ministerio, etc. á reproducir las teorías corrientes que mayor autoridad gozan entre los publicistas contemporáneos. Esto no quiere decir, ni que estemos de acuerdo con todas sus doctrinas, ni que deje el Sr. Moya de incurrir en errores.

En punto al origen de la soberanía, apadrina varios, distinguiendo caprichosamente la sociedad política de la civil, y derivando el ejercicio del poder de un pacto que es inadmisibles, como tálito ó como expreso, de la propia manera que el de Rousseau. Tampoco debe aceptarse ya por falsa la teoría de Thiers: el rey reina y no gobierna, ni la manera de considerar el poder moderador del Sr. Moya añade nada sustancial é importante á la doctrina de los que no lo han reconocido.

Como apreciaciones históricas equivocadas, lo son las del Sr. Moya cuando establece en absoluto, sin restricciones de ningún género, que Europa debe á Francia el establecimiento del régimen representativo, ó cuando considera inconstitucional la conducta del mariscal Mac-Mahon en 16 de mayo de 1877.

Por último, disintimos del Sr. Moya en que los conflictos que puedan suscitarse entre los poderes del Estado, dentro de nuestro sistema político, constituyen el problema mas importante hoy para sus partidarios. En lo que éstos deben ocuparse en primer término es en buscar medios de que ese sistema se practique con sinceridad, de que la representación de los pueblos sea verdadera y de que estos lleguen á un grado de educación política tal que formen opinión sobre cada asunto y la sostengan con tenacidad inquebrantable, sustituyendo definitivamente las luchas en los comicios y por todos los medios que la ley pone en manos de los partidos, á las luchas violentas que nada estable fundan y nada sólido levantan.

Un cuerpo electoral independiente de la voluntad del poder ejecutivo y una administración independiente de los partidos políticos, esto es lo primero que debe procurarse dentro de aquel régimen. El sistema parlamentario, sin eso, no hace mas que reemplazar con el absolutismo de los partidos, el absolutismo de los antiguos reyes.

El Sr. Moya conoce á fondo estas materias; es digno de aplauso que haya leído con provecho y que cite con frecuencia las opiniones de los publicistas nacionales. El lenguaje del señor Moya es fácil y brillante, demasiado vivo y espontáneo á veces. No conviene seducir al lector con palabras sonoras; es preferible convencerlo mediante el empleo de razonamientos sólidos. Aquellas apasionadas; estos favorecen la reflexión, y es necesario que, á despecho de nuestro espíritu meridional, las cuestiones políticas se planteen, discutan y resuelvan, sereno el juicio, exento de preocupaciones el ánimo, con frialdad y circunspección, sin ligerezas y sin arrebatos.

El Sr. Moya ha prestado á la ciencia política un servicio importantísimo, y ha revelado condiciones sobresalientes de escritor, que le aseguran positivos triunfos. En el breve prólogo que precede á este libro, el Sr. Azcarate nos presenta á su autor y hace una ligera crítica de la obra, insistiendo acerca de sus ideas fundamentales tratadas por él antes de ahora en diferentes trabajos.

FRANCISCO DE ASIS PACHECO.

Parie de boda.

Señor Don***

Muy querido amigo mio: Ayer, al volver á mi casa por la noche, encontré entre otras cartas que habia sobre mi mesa, una que al tacto me pareció invitación á algo.

Era, en efecto, una tarjeta de cartulina bristul que contenia aquel sobre grande, cuadrado, en el cual estaban mi nombre y las señas de mi casa.

En aquel pedazo de carton leiase en preciosa letra inglesa que denunciaba la acreditada casa de Marquiere:

DON FULANO DE TAL (su nombre de usted),

DOÑA MENGANA DE TAL (su señora de usted), participan á Vd. su efectuado enlace, y le ofrecen su casa, calle de tal, cuarto segundo.

¡Ah, señor mio!

Yo pensé al romper el sobre, que se trataba de una invitación para comer, ó de un convite para un gran baile.

Aquello era lo que se llama en la jerga moderna una *parte de boda*.

Era una satisfacción que pretendia usted darme.

Protesto.

¿Qué se ha propuesto Vd. ¡oh incauto amigo! al darme cuenta, mejor dicho, al darme cuenta á tantos de acontecimiento tan grave?

¿Pretende Vd. que lo celebre? No puedo.

¿Pretende Vd. que lo deploro? No lo creo.

Es sincero el ofrecimiento que Vd. me hace de la casa en que habita con su cuya, que es una mujer apetitísima? Lo dudo.

Es deseo pueril de que sus amigos y relaciones sepamos que desde el día 13 ha dejado usted de ser hombre para ser á la vez hombre y mujer, dos en uno, mitad de una costilla, ca beza de familia, cola de raton, acompañante forzoso, paciente obligado, propietario á medias, presidente sin voto, ex-amante, ex-novio, ex-iluso, ex-libre y ex-jóven?

En ese caso, permítame Vd. que le devuelva su carton y le anuncie que desde este momento declaro haberme equivocado al suponer que era Vd. un hombre de entendimiento nada vulgar.

Desde hoy es Vd. para mí la multitud, el público, la nación, varios todos, Madrid, España; pero no *Alfredo*.

Cuando Vd. era *Alfredo*, pintaba deliciosas acuarelas, que admirábamos todos.

Hacia Vd. versos que aplaudia el país y la crítica celebraba.

Tocaba Vd. el piano maravillosamente.

Era Vd. el amante de todas las mujeres, y no se le imponia á Vd. ninguna.

La conversacion de Vd. tenia tal encanto, que al entrar *Alfredo* en un salon todo el mundo se callaba, esperando la primera frase que iba á decir el recién venido.

Gastaba Vd. lo que tenia y lo que no. No tenia Vd. apuros. ¿Le hacia falta dinero? Pintaba. ¿Se acababa el dinero de los cuadros? Hacía Vd. versos. ¿No producian dinero los versos ni los cuadros? No importaba, jugaba usted y ganaba, y si perdía Vd. le daban dinero sus amigos y no le tachaban de perdido, porque Vd. pintaria y pagaria.

Viajaba Vd. solo y gastaba poco.

Era vecino de todas las poblaciones; inquilino de todas las casas, comensal de todas las mesas.

Mañana no significaba el porvenir, sino el día siguiente.

En fin...

Necesito romper el carton sopena de romper la amistad.

¡Me participa Vd. su efectuado enlace!

¡Oh, sí! Conozco á la señora, la admiro, la venero. Hé bailado rigodones con ella; he hablado con ella en inglés; he visto sus bordados adornando la banqueta del piano de su casa.

Es rubia.

Es jóven.

Es bonita.

Es rica.

Es discreta.

Es virtuosa.

Por eso sin duda, Vd. no ha podido resistir al deseo de tomar el coche, ir con su señora á la litografía y encargar quinientas tarjetas en las que nos participa Vd. su efectuado enlace.

Pero hay en esto un abuso que no se puede tolerar.

¿Por qué he de acostarme yo esta noche con

el pesar de saber que Vd. ha tenido la mala

ocurrencia de cortarse las alas?

Porque, desengáñese Vd. *Alfredo*, el arte es hermano de la libertad; Vd. es un artista, y el matrimonio no se hizo para Vds. Vd. era un águila caudal y se ha metido Vd. á paloma correo.

Espero verle á Vd. dentro de tres años paseando en el Prado con la señora, dos niños y dos amas de cria.

Estará Vd. gordo. Habrá Vd. perdido sus hermosos cabellos; vestirá Vd. ropa barata. Tendrá Vd. el aire triste.

La señora estará gruesísima. Se le habrá olvidado el inglés y los rigodones y los bordados aquellos de la banqueta. Ya no será la que á Vd. le encantó en los baños de Santa Agueda con su vestido de percal y su sombrero *Niniche*, que fué el primero que vino de París para ella. No señor, irá con su velo en la cabeza y su pericon en la mano buscando una silla cerca del *Guignol* para esperar á las amas que le habrán dado á Vd. el día y exigirán su comedia de monigotes por la noche.

Ya no irá Vd. al Suizo, ni á la *Acuarela*, ni á Toledo, ni á París, ni á Roma.

No irá Vd. á la caída de la tarde á robar al sol su último suspiro, para hacer un cuadro que los marchantes de París se arrebatarán de las manos.

No, *Alfredo*, no. Pintará Vd. tumbas; ¡vacas.

Yo lo sé.

Mejor dicho, lo advino.

Presiento la metamorfosis que va á operar se en mi amigo querido. Le veo gozosísimo usando esa media docena de trages que se hace uno cuando se casa, visitando á todas las relaciones nuevas, recorriendo teatros y salones con la señora radiante de hermosura, de juventud y de fortuna...

Pero quiero no saber nada.

Recuerdo nuestros paseos, por la via Appia. La alegre comida del taller en que sonaba el cañonazo tradicional. Nuestros viajes á Francia, nuestra vuelta á España cuando era usted el idolo de las mujeres y la envidia de los amigos. Recuerdo los mil y mil bocetos de paisajes ideales, los borradores de los poemas, el *Ace Maria de Schubert* al piano mientras ponía la mesa el criado y se oían por las escaleras del taller los pasos y el rozar de la seda...

Vaya Vd. con Dios.

Guardaré el carton en lo mas hondo de mi

cartera.

Esperaré diez años.

Cuando venga Vd. á pedirme una recomenzacion para ser profesor de dibujo lineal en algun instituto libre de provincia; cuando me pregunte Vd. en una carta con qué se curan las postemas de los pechos; cuando me escriba Vd. si quiero comprar un boceto que representará la primera comunión ó la pasiega despedida; cuando le sorprenda á Vd. en el anfiteatro segundo viendo la comedia de *magia* el día de año nuevo por la tarde con una familia que ocupará toda la delantera; cuando me declare Vd., en fin, que no sabe en qué consiste que ha perdido la inspiración, la gracia y el estilo, le contestaré devolviéndole este carton para que me pinte Vd. en el dorso una familia gallega debajo de un paraguas.

EUSEBIO BLASCO.

Explosiones espontáneas.

La gran parada que verificaron las tropas de esta capital en honor de los arquiduques de Austria y de Baviera ha terminado con una horrible catástrofe, de cuyos detalles se ha ocupado la prensa, concediéndole, con justo motivo, una atención preferente. Un artillero muerto y tres heridos, y considerable número de paisanos heridos y contusos, ha sido el resultado de esta brillante fiesta militar, que si no ha proporcionado los laureles que sólo se conquistan en los campos de batalla, ha dado ocasion de plantar la triste rama de ciprés en el sepulcro de un desgraciado.

Las causas que lo han originado no pueden ser conocidas, ciertamente, y sólo resta á los hombres de reconocida competencia hacer conjeturas mas ó menos probables, teniendo en cuenta las someras investigaciones hechas en casos análogos y los resultados de las experiencias practicadas para averiguarlas.

Desde el descubrimiento de la pólvora hasta nuestros días, en que se ha llevado á un alto grado de perfección la confeccion de este agente explosivo y de otros últimamente descubiertos, como los fulminatos y la dinamita, las inflamaciones espontáneas han ejercido la sagacidad de químicos y de artilleros eminentes.

Por desgracia los esfuerzos de unos y otros no han sido suficientes ni para formular una explicación satisfactoria ni para establecer un procedimiento sencillo que, sin perjudicar á las necesidades imprevistas de un combate, haga á la pólvora muchas veces explosible é inexplorable; explosible á voluntad en los casos de uso inmediato; inexplorable en tanto que haya de permanecer depositada en los almacenes y paños ó en las cajas de conducción.

El procedimiento, ya de largo tiempo conocido, que consiste en mezclar la pólvora con doble peso de vidrio en polvo, la hace inexplorable; pero tan señalada propiedad no ha podido ser utilizada porque era necesario aumentar considerablemente la capacidad de los envases y depósitos y porque cualquiera que fuese el procedimiento de tamisaje empleado para separar la una del otro, siempre la primera perdería considerablemente su potencia balística, cosa que podría comprometer de una manera muy seria el éxito de un combate.

Por igual razon han sido abandonados otros proyectos encaminados á este fin: y sólo la casualidad, que en todos los descubrimientos lleva la parte del león, como decía Arago, podrá hacer que se encuentre medio para evitar tan funestos accidentes.

Pero antes que esto se verifique, antes tambien que se realice la paz universal concebida, é inútilmente proyectada por espíritus generosos, es de desear que los hombres dedicados al estudio del arte tormentario averiguen las causas que los producen y aconsejen é impongan precauciones eficaces, ya que no completo remedio.

Desde los primeros tiempos de la invencion de la pólvora hasta principios del siglo actual, envasábase aquella en barriles ordinarios de capacidad determinada. Poco despues la experiencia aconsejó substituirlos con jarras de cobre y obturadores de tornillo, que posteriormente fueron reemplazados por los llamados de presión.

Al sistema antiguo de depositar la pólvora en grandes almacenes construidos á prueba de bomba, ha sustituido el mas racional de depositarla en pequeñas partidas y en

mayor número de almacenes de guerra y techumbre ordinaria, repartidos por el recinto de las plazas o fortificaciones, también en pabellones subterráneos. Las prematurnas se multiplicaron; pero los accidentes aumentaron de una manera alarmante desde que se introdujo el uso de los fulminantes para dar fuego á las piezas, y más desde la aplicación de los cañones al tiro de proyectiles explosivos antes limitado á los morteros y obuses.

La explosión del alcázar de un buque de guerra español, producida por la inflamación espontánea de su depósito de pólvora en el que se hallaban indistintamente mezcladas las barras de pólvora ordinaria con varios artículos compuestos con el fulminante de mercurio, promovió acalorada discusión, y por último resultó una acertadísima explosión. Tal fué el tema propuesto. Su resolución aun que fundada en conjeturas, fue acertada. La teoría de la explosión de los cuerpos y las leyes de equivalencia mecánica del calor, entonces totalmente desconocidas, han dado explicación de aquel accidente y de otros análogos.

La operación del encartuchado, siempre delicada y peligrosa, hacíase indistintamente de día ó de noche, sin tener ideas convenientemente preparadas. En cuantas explosiones no han dado lugar tales imprudencias! El polvillo que siempre se desprende de la pólvora renovada, por mas precavida que está, impulsado por las corrientes de aire hacia la luz al alza libre situada, se inflama y determina la explosión. A esto cuando se refiere positivamente la voladura de una nave en el canal de mar de San Fernando. Y á causa análoga, quizás, pudieran referirse las desastrosas voladuras de algunos almacenes de pólvora.

Los resacas piriticos de la pólvora que se depositan en la pared inferior del ánima del cañón, mas fácilmente cuando se dispara sin proyectil, como sucede en las indisciplinadas, producen explosiones de que casi siempre son víctimas los cargadores, por mas que el cabo de cañón haya tapado el oído de la pieza.

A todos estos accidentes se ha puesto eficaz remedio mediante órdenes y disposiciones facultativas acordadas. ¿A qué causa puede, por tanto, referirse el siniestro de la calle de Alcalá?

Si es posible creer, como algunos pretenden, que una chispa producida por el choque de los herrajes incendiase el polvillo desprendido de los sacos ó cartuchos por las sacudidas del armon en su precipitada carrera. Ni tampoco que chocase alguna chispa contra la tapa de la caja, ni que lo produjese la disociación del fulminante, pues que éste tiene envase especial separado de las granadas, como estas lo están de los cartuchos. Ni es tampoco posible la formación de residuos piriticos, pues que para esto ha de preceder la inflamación.

La disposición especial de los envases, las diligentes y bien entendidas precauciones que hoy se toman para la custodia, manejo y conservación de los artículos de guerra no permiten aceptar como posibles ninguno de estos casos. ¿Y cual ha sido, pues, la causa? Solo Dios lo sabe. Solo Dios lo sabrá á pesar del procedimiento inculcado para la aclaración del suceso.

La presencia de un fósforo ó cerilla caído por descuido en la pólvora ó en la carga de la granada, recalentado por la alta temperatura que adquiere la caja, expuesta durante cinco horas á la acción de los rayos solares y por los resacas y sacudidas que le imprimiese el armon en su rápida carrera, pudo muy bien determinar la inflamación. Tal caso no es muy probable, pero basta que sea posible, y la posibilidad se manifiesta con un solo ejemplo. En uno de los extensos salones del almacén de pólvora de Santa Lucía en Cartagena, estabábase haciendo el encartuchado para la fragata de guerra *Petrolita*. Treinta quintales de pólvora estaban convenientemente extendidos sobre el encerado. Al vaciar la pólvora del saco siguiente, que como los demás procedía directamente de la fábrica de Miura, vióse envuelta entre los granos de la pólvora una cerilla que resbalaba fuertemente hasta llegar al borde del encerado.

De todos modos, la desgracia que hoy se deplora ha sido inevitable. Algunos periódicos de la capital han indicado medios para evitar la repetición de estos casos. En efecto, parece innecesario que los cuerpos rayan municionados á tales actos, pues que en ellos no han de hacer fuego. Pero ¿cuántos conflictos no podría dar lugar esta medida! Mas bien, como ya se ha propuesto, deberían verificarse las grandes paradas y revistas en lugares convenientemente elegidos en las afueras de las poblaciones.

RAMON ESCANDON.

Lecturas populares.

MOVIMIENTO DE LA TIERRA SOBRE SU EJE.

Cuando por vez primera proclamó Copérnico en el siglo XVI que la tierra gira sobre su eje, y que el sol está en reposo eterno, todo el mundo lo calificó de loco; y cuando mas tarde Galileo defendió esta verdad, demostrándola con razones y pruebas irrefutables, fué objeto de las mayores persecuciones, y hasta la Iglesia le condenó por sostener una opinión contraria á las Escrituras y opuesta á la verdadera filosofía.

Para los hombres de aquellos tiempos el movimiento de la tierra era el mayor disparate que habia forjado la imaginación. El suelo que bajo nuestros pies sentimos tan fuerte, decían, ¿es posible que se mueva! Los campos, los árboles, los rios, los mares, las grandes poblaciones, todo esto gira, rueda en espantoso torbellino? Y nosotros que sobre la tierra estamos, ¿giramos tambien con ella? ¿Yo? ¿Yo giro? Yo que estoy sentado tranquilamente, ¿soy arrastrado por la tierra y con ella viajo, doy vueltas, y subo y bajo, como arcaduz de noria, con una velocidad inconcebible!... ¡Esto no puede ser! Es un absurdo, es una quimera, es una idea aspirada por Satanás!... Si fuera verdad, todo se vería girar en torno mio. El suelo huiría bajo mis plantas, me sentiría yo mismo arrastrado, y al fin, desvanecido por el vértigo. Veo, por el contrario, que todo está quieto y tranquilo en torno mio, que los objetos ocupan sus posiciones respectivas sin variar lo mas mínimo; y esto me hace comprender que la inmovilidad es el estado normal de la tierra. Así se pensaba antes, muchos en España piensan en la actualidad del mismo modo; mas para destruir estos errores y probar las ilusiones que padecemos á causa del movimiento de rotación de nuestro globo, reflexionemos un poco sobre este asunto tan importante.

Cuando mudamos de lugar, ¿cómo lo notamos? En que los objetos que nos rodeaban no son los mismos, ó no permanecen en la misma situación con respecto á nosotros. Marchando por el campo vemos, allá abajo, junto al camino, un árbol ó una casa enfrente de nosotros; si seguimos andando nos parece que la casa se aproxima: antes estaba lejos, ahora cerca. ¿Se ha movido la casa? Nada de eso, nosotros somos los que nos hemos aproximado. Siguiendo nuestra marcha, llegamos á ella, pasamos á su lado, y desde este momento la vamos dejando atrás, y poco á poco parece que se aleja, que retrocede, hasta desaparecer al fin en la lejanía.

En un carruaje, y en los ferro-carriles sobre todo, el fenómeno es mas curioso. Los campos, los árboles, las aldeas, parece que corren hácia nosotros, que nos alcanzan y que desfilan

huyendo á lo lejos. Nos hacemos la ilusión de que las campañas corren y revolotean locamente; y con el ruido que produce el movimiento del tren pudiéramos así creerlo; mas no, no podemos admitir semejante error; nuestra vista se engaña, nuestros sentidos se equivocan, y cuando vemos retroceder los objetos velozmente, la razón debe decirnos que somos nosotros los que nos movemos.

Todo lo que hemos dicho sobre estos movimientos aparentes, puede referirse á la tierra. Si ésta estuviese inmóvil, si no girase sobre su eje, el movimiento aparente de todos los astros alrededor nuestro en veinticuatro horas sería entonces un hecho; pero, ¿qué realidad de esto? Vamos á verlo.

Por mas que parezca inverosímil á primera vista, el sol es un globo gigantesco 1.400.000 veces mas voluminoso que la tierra, la cual tiene 2.000 leguas de diámetro y 10.000 de circunferencia. Y las estrellas, que son innumerables y que se hallan á unas distancias inconcebibles, son tan brillantes y tan grandes como el sol. La tierra, en este majestuoso conjunto de soles, en esta extensión sin límites, es un grano de arena, menos todavía, una partícula de polvo, un átomo imperceptible en el espacio infinito. Imaginarnos, en vista de esto, que todo este universo incomprensible, circular alrededor de esta pequeña esfera, ¿es verdaderamente razonable? ¿No sería esta creencia tan insensata, según ha dicho Voltaire, como la del gusano de seda que tomase los límites de su capullo por los límites del universo?

Cuando nos movemos alrededor de un objeto cualquiera, cuanto mas lejano se encuentra, tanto mayor es el círculo y tanto mas largo el camino que debemos recorrer en un periodo de tiempo determinado. Ahora bien: el sol dista de la tierra 37.000.000 de leguas, y si se moviera en torno de ésta en veinticuatro horas debería recorrer mas de 200.000.000 de leguas en esta jornada, es decir, á razón de 2.300 leguas por segundo. ¿Y las estrellas? ¿Qué velocidad necesitarían estos inmensos y lejanos astros para verificar esta revolución diurna? Necesitarían marchar, volar en torbellino, á la mas próxima á la tierra, que es la estrella Alfa del Centauro, con una rapidez de 520.000.000 de leguas por segundo, y las mas remotas con una velocidad vertiginosa, inaudita, no prevista por el cálculo. Mas no, sería insensato admitir estos movimientos inconcebibles, dignos tan solo de los sistemas astronómicos de la antigüedad y de la oscura Edad Media. En nuestros días, que á tanta altura han llegado las ciencias, el universo se dilata y engrandece á nuestros ojos, el infinito nos revela sus misterios, y la tierra desaparece por su pequeñez entre los mundos que le rodean.

Sapongamos, por el contrario, que la tierra gira sobre sí misma en veinticuatro horas, y todo parecerá entonces sencillo y natural. Que dé vueltas este pequeño mundo, que es lo lógico, y su movimiento nos explicará la revolución de los cuerpos celestes. La tierra gira, nosotros tambien, ¿por qué no tenemos conciencia de este movimiento? ¿Por qué no lo notamos? Porque todas las cosas que nos rodean, tanto en el suelo como en la atmósfera, participan del mismo movimiento que la tierra. Ningún objeto varía de sitio, porque todos se mueven simultáneamente, y nosotros con ellos. Recordando nuestras observaciones anteriores, pasa aquí precisamente lo mismo que en los carruajes y en los ferro-carriles, y como la tierra al moverse no produce ruido, ni experimenta sacudidas, sino que se mueve suavemente, mas suavemente que resbala la barca sobre la mar tranquila, nada sentimos que nos advierta su movimiento, y por eso la suponemos inmóvil.

Ahora bien: la tierra gira sobre sí misma sin estar atravesada por ningún alambre que le sirva de apoyo, bien así como el trompo lanzado en los aires gira tambien sobre sí mismo sin estar tampoco atravesado por ningún eje. El eje de la tierra para nosotros es una línea que imaginamos en el interior del globo, alrededor de la cual da vueltas como sobre un eje material efectivo; y los polos son los dos puntos en que esta línea imaginaria atraviesa la superficie de nuestro planeta. Excepto estos dos puntos, los demás que se hallan diseminados en diferentes lugares de la tierra giran en veinticuatro horas, describiendo círculos mas ó menos grandes, según las distancias que los separan de aquellos.

Los que dan la vuelta mayor, se hallan colocados en el gran círculo que imaginamos trazado en la superficie del globo, el cual divide la tierra en dos hemisferios, y se llama *Ecuador*. Este círculo no se halla materialmente trazado sobre la superficie terrestre; pero los puntos que les constituyen existen en realidad. Los países situados en el Ecuador, y los hombres que en ellos viven, efectúan, por consecuencia, la vuelta entera de la tierra en veinticuatro horas, recorriendo en este tiempo 10.000 leguas, á razón de 7 por minuto. España está mas cerca del polo, y en un día damos los españoles una vuelta, mas pequeña que la verificada por los habitantes del Ecuador. A la latitud Madrid la velocidad diurna es de 7.704 leguas ó 5 por minuto, y así va decreciendo hasta que en los polos es completamente nula. Ahora comprendemos por qué no nos damos cuenta, ni nos apercibimos siquiera, de semejante movimiento de rotación.

Todos los astros, hasta el sol mismo, voltean sobre sus ejes, y sería verdaderamente extraño que la tierra sola, contra la ley general, permaneciese inmóvil, mucho mas cuando tenemos pruebas directas y positivas, no sólo de este movimiento de rotación, sino del de traslación que verifica alrededor del sol en el término de un año, con una velocidad de 642.295 leguas al día, esto es, con una rapidez 1.100 veces mayor que la de un tren express y 73 veces mas grande que el de una bala de cañón, que recorre 500 metros por segundo.

JOSÉ GENARO MONTI.

La estética de la vegetación.

BOCETO.

Nada mas oportuno, amables lectores, que hablar en la primavera de plantas y flores. Unas y otras, purifican la atmósfera y recrean nuestra mirada. La vegetación campestre se presenta con natural combinación de siluetas y colores, en los bellos paisajes de la naturaleza: el

hombre civilizado trata de implantar en las grandes poblaciones, por medios artificiales, todos los seres de la botánica. De aquí el origen y desarrollo de los jardines públicos y particulares, cuyo estudio técnico, y científico ó artístico ha adquirido hoy día reconocida importancia.

La ciencia de lo bello, ó sea la estética, investiga modernamente los caracteres del buen gusto, los del estilo, los del genio, los de la inspiración y tantos otros fenómenos estéticos, en todas las manifestaciones de las bellas artes, como son la arquitectura, pintura, escultura, música, oratoria, poesía y literatura. Si la crítica se detiene en el análisis de las bellezas del arte industrial, del mobiliario, tapicería, porcelanas, broncea de arte, vidrios esmaltados y grabados; por que no estudiar los modelos naturales de la vegetación, en su aspecto esencialmente bello, ya que nos encantan las copias hechas por la mano del artista, cuando las faja sobre ricos materiales de mármol, porcelana, metal, marfil, vidrio, seda, lana y terciopelo?

El estudio de la flora ornamental, proporciona los mejores y mas bellos dibujos para la composición estética de una obra decorativa.

Mas no trata en este ligero artículo de formar un precioso ramillete con flores de matizada gama cromática; prescindiré de los detalles y trazaré el conjunto de lo que es la estética de la vegetación en los parques y jardines.

A dos principios generales ó sistemas está reducido el trazado arquitectónico de la jardinería. El primero todo lo subordina á la línea recta, al círculo y á figuras simétricas y regulares; el segundo trata de imitar á la naturaleza copiando en pequeño los accidentes del terreno, las cascadas de agua, los lagos, las sendas y veredas de los montes, las curvas sinuosas y con distinta pendiente que ofrecen agradables puntos de vista.

El arquitecto del siglo pasado, Andrés Le Notre, fué el que planteó hasta la exageración el jardín, mal llamado clásico, en los parques de Versalles, Meudon, Chantilly y Saint Cloud. Tambien los grandes jardines de Aranjuez, La Granja y el pequeño parterre del Retiro, están trazados por el mismo patron. Dicho sistema de arquitectura vegetal, está sometido á una rigurosa plimetría, que violenta en cierto modo la natural belleza y desarrollo de las plantas. En el jardín rectilíneo y de curvas geométricas, todo se dispone subordinado á una alameda céntrica, de grave y solemne aspecto.

Si por casualidad se presenta alguna prominencia ó montículo, se le regulariza en seguida, rodeándole de muros coronados por balustradas, jarrones y estatuas.

La línea recta penetra por todas partes, y en caso los ángulos se acuerdan por arcos de círculo. Los parterres se bordan á escuadra, con las recortadas hojas del boj. Los árboles presentan sus copas en forma de paraguas, ó de columna, ó de murallones de compacta y verdosa arquitectura. Esta noble arte, sin duda alguna estuvo esperando la venida al mundo artístico, del ponderado Luis XIV, para que en tan fastuosa época, dieran los arquitectos franceses, con la invención de un nuevo orden ó estilo arquitectónico: cuya ornamentación clausuráguera, fomentó después Napoleón III, y hoy algunos poderosos españoles, gastan millones inocentemente importando en sus palacios eso que los franceses llaman su gran arte nacional, del que protestan eloquentemente, como de mayor gusto y perfección, las magníficas construcciones de Alemania, Austria, Italia, Rusia, Inglaterra y Estados Unidos americanos.

No trataré de amenguar el mérito de los notables monumentos de París y resto de la Francia; pero España cuenta con artistas inmejorables, capaces de oscurecer á la manía parisiense: justo es aprovechar todas las ocasiones para volver por el decoro pátrio, tan despreciado siempre por nuestros simpáticos vecinos, quienes se entusiasmaron creyendo que la estética de la vegetación consistía en sembrar los jardines de laberintos, bóvedas verdura y grutas, en cuyo fondo resaltaban pedrascos, encajados de conchas y caracótilos, presentando el conjunto imágenes fatigosas por su inflexible regularidad y monotona inevitable.

Sin embargo, el trazado geométrico y bien estudiado de los jardines, se armoniza bien con las formas arquitectónicas de las grandes edificaciones. La perspectiva de una calle de árboles, que obedece á la curva ó polígono de un estanque, en cuyo alrededor hay simétrica balustrada y donde el agua es vomitada por delfines, soflada por tritones, ó los caballos de Neptuno; y se lanza tambien á la atmósfera en elevado saltido copiosa lluvia, hirviente espuma y caprichosos saltos de agua, preciso será confesar que ofrece un grandioso espectáculo.

Cuando los árboles y plantas, por su diferente porte, y caprichosas flores y hojas, ocultan en parte la monotona de las líneas de una construcción, hacen desaparecer en parte la aridez que los profanos encuentran en las molduras arquitectónicas: ejemplo, el bello aspecto de un hotel ó pequeño palacio rodeado por lindo jardín.

El gusto moderno se ha decidido por el jardín natural, á la inglesa, porque se presta á mas variedad, y la imaginación goza con los múltiples efectos que la vegetación presenta por todas partes. Bastante se ha progresado en Madrid, sustituyendo sus mequinosas e irregulares plazuelas, las mas espaciales de Oriente y Mayor, por lindos jardines con plantaciones de hoja perenne ó coníferas entre siempre verde alfombra de césped; mas no sabemos por qué causa van desapareciendo las plantas de hermosas flores que antes embellecían algunos jardines públicos.

El parque de Madrid, por sus excelentes condiciones higiénicas, debería prolongarse con nuevas plantaciones hasta cerca de la plaza de Toros, y no alzar mas sus calles, ahogándolas con numerosas, compactas y altas construcciones. En la zona del ensanche, todas las nuevas edificaciones que no tuvieran jardín, deberían ser prohibidas. La belleza de los alrededores de Madrid, ganará muchísimo el día que artísticos bosquecillos, parques y jardines, dispuestos con el debido acierto y esmero, ofrezcan todos los primores y ventajas de la estética de la vegetación.

MIGUEL MARTÍNEZ GINEBRA.

París.

Los veinte periódicos de sport que se publican en París llenan sus columnas con la descripción de la fiesta de Nubienne, el gran premio de Longchamps.

La fiesta fué soberbia. Verifícase en el *Chateau* de Mr. Edmundo Blanc, el gran propietario de caballos de carreras; concurrieron á la solemnidad mas de trescientas personas; la mesa estaba dispuesta en forma de herradura, frente á las cuerdas donde Nubienne vió la luz del día. En el centro de la mesa levantábase un busto en bronce de la heroína, saludado con entusiasmo por todos cuantos llegaban.

Las invitaciones para la fiesta habian sido hechas en los siguientes términos:

«Ruy Blas y Niza»

«os ruegan que asistáis á la fiesta que tienen la dicha de ofrecer el miércoles 18 de junio de 1879 en el chateau de la Chapelle en honor de su hija Nubienne, vencedora del premio de Diana y del gran premio de París.»

«Como faltar á esta invitación de los afortunados papás! Corria uno el riesgo de indisponerse con la familia.»

Todos los vecinos de la Chapelle salían al camino á recibir á los parisienses con rostros colorados y risueños. Los compatriotas de Nubienne mostraban la satisfacción del vencedor en sus semblantes: tambien ellos participaban del gran premio.

Mr. Blanc recibía á sus convidados en traje de caza, chaqueta encarnada y calzon blanco; rodeábanle sobre el peristilo una multitud de

gendemen y de jockeys, y percibíanse entre ellos, príncipes y periodistas, factores ambos indispensables tratándose de una fiesta parisíense.

Se trotó, se galopó, hubo carreras de andarrines, se jugó y en esto llegó la hora del banquete.

Entonces el entusiasmo fué indescriptible. ¡Qué conversación tan viva y animada! ¡Qué de innumerables anécdotas! Ruy-Blas, Niza y Nubiana eran el *non plus ultra* de los caballos; eran inteligentes, bravos, generosos; en su historia habia episodios conmovedores; unos decían que Nubiana se parecía mas á su papá que á su mamá; otros opinaban lo contrario; en lo que todos estaban conformes era en que constituían una familia modelo de virtudes públicas y privadas.

Entre los numerosos brindis, hubo dos que no puedo menos de consignar. — ¡Por el heraldo de Nubiana! — ¡Por el escultor de la inmortal heroína!

No vaya á creerse que la escultura que adornaba la mesa es obra de un artista cualquiera: el magnífico bronce estaba firmado: Hudson.

«No es verdad que consuela eso de ver á la inspiración y al genio immortalizando á los verdaderos héroes?»

No hay que negarlo: Nubiana es una heroína; ha conseguido una estatua de Hudson sin necesidad de manchar en sangre sus herraduras.

Paris, la ciudad voluble, es caprichosa como mujer mimada. Hace poco la moda era rusa: ruso el vestido, rusas las novelas, rusas las óperas: durante el invierno el figurín del boulevard era *Ratnitsa*.

Hoy la moda es inglesa: hay que saber decir oportunamente *kimesen* y *match* ó se hace un papel desairado: el estilo bilingüe de las revistas de sport se ha recargado horriblemente de palabras inglesas en estos últimos tiempos, y para que la invasión sea completa, han aparecido dos nuevos periódicos *boulevardiers* redactados en inglés: *The Parisian* y *The Boulevard*.

Apenas hay un diario parisiense que no publique tres ó cuatro correspondencias de Londres por semana: verdad es que en Londres están la Comedia Francesa, el congreso literario, el congreso telegráfico, la Patti y Nicolini... y hasta Carlos Monselet.

Y qué descripción publica Monselet de su vida en Londres! Al tomar posesión de la casa que habita, le dieron un lavín y le dijeron: *esta es su morada de usted*. Desde entonces no ha vuelto á hablar con nadie: se levanta de la cama, baja á la calle, recorre una distancia de tres ó cuatro kilómetros; pide de comer, le sirven como autómatas: se vuelve á acostar en su casa no hay inquilinos ni porteros; sube á su habitación, encuentra dispuesta una bugia que no sabe quien ha colocado allí; se auesta; contempla el techo de la alcoba tres ó cuatro horas seguidas, se duerme de fastidio, y al siguiente día vuelve á comenzar la misma operación.

¡Delicioso!

¡Qué distinta vida hace en Londres Sarah Bernhardt! El público en el teatro la vió, los *lores* se la disputan; los regalos lloven sobre ella de una manera prodigiosa; la gran actriz ha excitado en la triste ciudad del Tamesis una curiosidad de que allí no hay ejemplo.

Y es que en Londres, como en París, Sarah es siempre... nubiana.

El salon no tardará en cerrarse; á estas horas todo París habrá ya pasado por allí.

Uno de los cuadros que mas llaman la atención es el gran retrato de la condesa de V..., hecho por Carolus Durand, que ha obtenido el gran premio de pintura. Es una obra maestra; aquellos ojos pestañean, aquellos labios respiran, aquel abrigo de pieles da calor, aquel brazo que deja caer hacia atrás el abrigo se sale del cuadro.

Es justísima la distinción que Carolus Durand ha obtenido.

La llamada de los Girondinos, de Flameng (premio del salon), tiene brillantes detalles; es de un mérito poco común; pero en él no hay atmósfera respirable. Existen, sin embargo, asuntos que por sí solos hacen la mitad del éxito de una obra de arte; esto le sucede al cuadro de Flameng.

Los funerales en el mar, escena de la vida real, es una obra que conmueve. Su autor es el Baco, discípulo de Cabanel.

Elogio, de Henner, es de una ejecución asombrosa; está bañado de luz apocalíptica; es una de las producciones mas delicadas del gran pintor alsaciano.

Un pintor belga se ha colocado á envidiable altura; Mr. Castellani, con un cuadro de extraordinario mérito: *Los marinos en el Bourget* en 1870.

Sobre todo en retratos y en paisajes hay una riqueza inmensa.

Veo que los pintores van bajando hacia la tierra: excelente síntoma. Era verdaderamente monstruoso eso de tenerlos casi siempre en la Biblia ó en el Olimpo.

En el salon de 1879 he buscado en vano los energúmenos de costumbre que salen bailando alegremente de la boca de algún endemoniado. He tenido, pues, una verdadera contrariedad.

Episodio de la batalla de las Aguas-Saintas, por Morot, es una obra en que la crítica se ha cebado. Hay allí, en efecto, una confusión espantosa: las mujeres pelean contra la caballería romana desordenada y furiosamente; aquello es una mezcla de sangre, de rabia y de maldiciones. A la derecha se ve una figura de mujer acometiendo al enemigo, que es por sí sola una obra maestra; de sus labios parecen salir todas las iras; sus ojos brotan sangre; su cara está ennegrecida por el odio.

La crítica encuentra la escena inverosímil.

Quizás por eso mismo, opino yo que Morot la ha elegido. Hace mal la crítica en querer medir con un compás el furor de una batalla.

ERNESTO GARCÍA LADEVESE.

Paris 20 de junio de 1879.

Imp. de EL LIBERAL, á cargo de L. Polo, Alameda, 2.